



CONGREGATIO PRO CLERICIS

SOLEMNIDAD DE LA ANUNCIACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Con la Solemnidad de la Anunciación, la Iglesia quiere introducirnos en aquel momento exacto en el que el Verbo de Dios fue concebido, como hombre, en el seno de la Virgen María. Este acontecimiento admirable, por una antigua tradición, se recuerda también con el repicar de las campanas que, como voces de Dios y de la Iglesia, diariamente renuevan la invitación a la recordarlo en el rezo del *Angelus*. De este modo somos llevados al acontecimiento central de la historia humana: *“Al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer”* (Gal 4, 4).

La Encarnación misma constituye esa “plenitud de los tiempos”, es decir, el corazón del plan del Amor de Dios: todo fue creado en vista de ese momento. De manera sugerente lo expresaba Elliot: *«Un momento en el tiempo, pero el tiempo fue creado a través de ese momento»*. El Eterno entró en la historia, Dios se ha unido a los hombres, haciéndose Él mismo Hombre, Alianza indisoluble y Amor más fuerte que la muerte.

En la segunda Lectura aprendemos la estupenda interpretación que del Salmo 34 nos ofrece la Carta a los Hebreos y, de este modo, también la comprensión que hace la Iglesia acerca del Misterio que estamos celebrando: *«Entrando en el mundo Cristo dice: “He aquí que vengo [...] para hacer, oh Dios, tu Voluntad»* (Hebr 10,7). La Encarnación es el comienzo, en el tiempo, del eterno diálogo de Amor entre el Hijo y el Padre. Diálogo que, en el seno de la Virgen, se hace verdaderamente “humano”, asumiendo en Sí toda la creación y llamándola a ser partícipe de la misma Comunión Divina.

«*Tú no has querido sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo*» (Hebr 10,5): es en este Cuerpo que se realizará la verdadera obediencia, el verdadero sacrificio agradable a Dios, el fruto del amor que el Padre esperaba de los hombres y que se lo dará su propio Hijo hecho Hombre.

De este diálogo de Amor entre el Hijo y el Padre se nos permite ver algo del inefable Misterio Trinitario, en el cual se da una perenne “reciprocidad” del “Sí”: el Amor eterno de las tres Divinas Personas, que se dan desde siempre Una a Otra, parece presentarse como una gozosa “danza”, en la cual parecería que las Personas Divinas “compitieran” por resaltar el Darse de la Otra y la alegría de amar. Este “Canto divino”, precisamente, “*ha venido a habitar entre nosotros*”: la concepción del Verbo en el seno de María es la correspondencia a la Voluntad del Padre de recibir al hombre en el perenne gozo de la Comunión divina. El Verbo, haciéndose carne, pronuncia su “*Aquí estoy*” para que se cumple el plan del Padre; el Espíritu Santo desciende sobre María para realizar, en Su seno, la “nueva Creación”.

Así somos colocados delante del “sí” definitivo del Creador hacia su criatura. A la primera hoja de este tríptico corresponde otra: María. Ella, en la silenciosa quietud de Nazaret, descubre el “Sí” que Dios ha pronunciado para Ella. María ya está santificada —es la Inmaculada— y es justamente ese “Sí” anterior de Dios, el que hace posible, casi lo “contiene”, el “sí” de María. María, con su “*fiat*”, corresponde a un asentimiento previo: “*eres llena de gracia*”, “*Has encontrado gracia delante de Dios*” (Lc 1,28.30). Dios pronuncia previamente su “Sí” para nosotros, para que también nosotros podamos darle a Él nuestro “sí”. Este “sí” es precioso a sus ojos; lo desea y lo espera; el hombre no será nunca un instrumento pasivo en las manos de Dios, sino que está delante de Él con vocación divina, llamado a cooperar en Su plan y a seguirlo de manera irrevocable.

Por este motivo, la Iglesia hoy nos permite contemplar cómo el “*Heme aquí*” del Verbo, que se hace carne, resuena en el “*heme aquí*” de María Santísima. De la conjunción admirable y misteriosa de estos dos “*fiat*” llegan a nosotros “*la gracia y la verdad*”.

Pidamos a la Santísima Virgen la gracia de poder pronunciar nuestro filial “sí” en el dulce hogar de su “Sí” que es la Santa Iglesia, en la que somos incorporados a la obediencia de María, vivificados por la obediencia del Hijo y, hechos un solo Cuerpo con Él, llegamos a ser sobre el Altar una única ofrenda agradable a Dios. Amén.